

Los cordobeses en el siglo XVII

Trabajo leído en la sesión académica del
15 de Enero de 1944.

El sabio maestro D. Miguel Herrero García publicó en 1928 un denso e interesante volumen sobre «Ideas de los españoles del siglo XVII» (Editorial Voluntad) y al dedicar a los andaluces el capítulo IV de la primera parte de su gran obra, reserva a los cordobeses, tal como los juzgaban y los pintaban los hombres del siglo XVII, las páginas 186 a 189, que no resistimos a la tentación de copiar. Dicen así:

LOS CORDOBESSES

La otra ciudad que gozaba de personalidad en Andalucía, era Córdoba. No tenía ciertamente la apariencia, la popularidad cosmopolita de Sevilla tan ponderada por los poetas contemporáneos (Vol. Rodríguez Marín, edición de Rinconete y Cortadillo, Madrid 1920, prólogo), sino más bien conservaba su carácter de ciudad agrícola y rudimentaria. Una frase del tiempo de Isabel 1.^a, recogida en la antología de Santa Cruz, retrata el aspecto característico de Córdoba.

«Preguntó la Reina Doña Isabel a Alonso Carrillo, qué le parecía de la ciudad de Córdoba? Respondió: muchas aldeas juntas a Concejo» (Floresta española M. de Santa Cruz. Bibliog. Madrid III, pág. 161).

Los naturales de esta aldea grande, como hemos oído decir al autor de la *Tía fingida*, despuntaban por su agudeza entre los ya agudos andaluces. Un historiador italiano, cuyas obras fueron traducidas, refundidas y varias veces impresas en España, Juan Botero, dice así: «Sus ciudadanos viven con mucha urbanidad y policía, y son de felicísimo ingenio» (Descripción de todas las provincias, etc pág. 20).

Céspedes y Meneses pone de relieve principalmente la nobleza de los moradores de Córdoba: y así parece que desde aquellos memorables principios ha conservado generosamente aqueste maravilloso pundonor, pues hoy es cierto que no hay ciudad ni población en toda

la Europa de más limpia y apurada nobleza, ni en su tanto de más caballeros de sangres y mayorazgos riquísimos. (Historias peregrinas. Madrid, 190., pág. 166).

Suarez de Figueroa une en un mismo reconocimiento la nobleza y el ingenio:

«Pasé por Córdoba, madre antigua de floridísimos ingenios y de nobleza no menos acrisolada, cuyos pies besa humilde el soberbio Guadalquivir» (Suarez de Figueroa: El pasajero, VIII. Renacim. pág. 278).

Conforme a esto tuvo razón Gracian para asignar a Córdoba como propiedad suya, «Los varones eminentes» (Críticón, II; 13. Renac. II. pág. 90.

Mateo Alemán, para ponderar los ardites e ingeniosidades de un mendigo, maestro en el oficio, dice: Era natural cordobés; dígolo para que sepais que era tinto en lana (Guzmán de Alfarache, I, III, pág; 3. Rivad. III, pág. 243. a.) que es como decir extra-fino. (recuérdese lo que hemos dicho del fino segoviano).

Salas Barbadillo nos ofrece varios párrafos muy interesantes sobre esta perspicacia de los cordobeses. El primero consta de la fábula titulada *La peregrinación sabia* y dice así:

Entonces le pregunto a zorro viejo de donde era natural, y como le respondiese que de los campos de Córdoba, meneando la cabeza, dijo:

«¿Cordobesito sois y zorro? Por mi fe que no sois lobo.

«Rióse entonces el zorrazo, y, replicándole, preguntó en qué se fundaba, a quien él satisfizo con esta respuesta:

«La constelación de Córdoba es ingeniosísima como se ha verificado en tantos varones doctos y sabios, y si respectivamente hace el mismo efecto con los animales, siendo vos zorro y nacido debajo de tan ilustre constelación, ¿quién duda que sereis sapientísimo?» (Opus. cit. ed. clas. cas, LVII, pág. 51).

En otra de sus novelas expone el mismo concepto:

«En la patria de Séneca, a quien baña
Guadalquivir soberbio y arrogante,
ciudad en los ingenios felicísima
que con razón blasonan de sutiles».

(Salas Barbadillo: Corrección de Vicios. Col. Escritor, Castellanos. Madrid, 1907, pág. 133).

Otro pasaje, trata de un vagabundo de malas mañas que fué a parar a Córdoba, y, con esta ocasión, dice lo siguiente:

«Fuese a Córdoba: mala elección, por ser en aquella ciudad todos ingeniosos y entendidos; lo gracioso pareció frío, con ser el temple de aquella tierra calorosísimo; por lo maldiciente tampoco fué admitido, por haber allá excelentísimos artífices, y, así, le miraron con desprecio; pues atreverse a las tercerías de amor, ni aun le pasó por el pensamiento, porque en aquella nobilísima república, los hombres viven muy atentos y advertidos en orden al decoro y honestidad de las mujeres.

Con esto se vió suspenso de todos sus oficios, y así buscó otro no menos infame y más peligroso. Quiso seguir la disciplina de Caco, de que halló en aquella ciudad insignes maestros». (Salas Barbadillo: Curioso y sabio Alejandro. Rivadeneyra, XXXIII, pág. 15-b).

Ya en este texto, el elogio de la ingeniosidad cordobesa va casado con insinuaciones de otras cualidades menos estimables. No fué solo en la acusación Salas Barbadillo. El mismo Maestro Pedro de Medina une la alabanza y la recriminación en estas palabras:

«Todo lo tiene bueno, sino es ser algo malsana de pechos» (Pedro de Medina: Opus. cit., parte II, cap. XXIV, pág. 133-b).

El mismo Mateo Alemán, que consigna su agudeza, consigna también su doblez y la insinceridad de sus palabras:

«Ofrecíase a lo cordobés: ya vuesa merced habrá comido, no habrá de menester algo» (M. Alemán: Guzmán, parte II, t. II, pág. I. Rivad., pág. 287 a).

Asimismo, Gracian establece una antítesis entre la sinceridad castellana y la doblez andaluza, y encarna entrambas cualidades en Valladolid y en Córdoba:

«Ahora todo está maleado, todo mudado, hasta los climas, y, según van las cosas, dentro de pocos años será Alemania otra Italia y Valladolid otra Córdoba» (Criticón, III, 6).

Con razón, pues, se formó un refrán castellano que, prescindiendo de todas las buenas prendas andaluzas, servía de consigna general entre los demás habitantes de España:

«Al andaluz, hacerle la cruz» (Estebanillo González, cap. V, Rivad. XXXIII, pág. 311).

La agudeza de ingenio de los cordobeses es tan proverbial en el siglo XVII que sirve de modelo y parangón en las obras príncipe de nuestra literatura.

Cuando Cervantes en el inmortal Quijote quiere pintar un amor extremado, sacó los dos finos amantes Luscinda y Cardenio. En el relato de sus desventuras, dice éste: Mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía... Y más adelante lo corrobora al contar: unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.

Los agujeros del Potro (los fabricantes de agujas, que en el siglo XVI tuvieron su más famosa sede en el inmediato pueblo de Villafranca de las Agujas, hoy de Córdoba), los manteses (cuyo nombre aún usa el pueblo bajo de Córdoba para designar a los pícaros y truhanes), y otros apelativos a gentes que de su ingenio hacían industria baja y rufianesca, son, por el contrario, designaciones deprimentes para la progeie cordobesa.

Entre estas características de pueblo bajo, y aunque ello tenga gran tradición en otras poblaciones españolas, hay que señalar el tino en la pedrea. Conocida es la anécdota sucedida a Don Luis de Góngora, el famoso poeta, el cual, de estancia en la corte madrileña vé entrar un guijarro por el balcón y enseguida dice: eso lo ha tirado un muchacho cordobés. Se hacen averiguaciones, y efectivamente, el muchacho era de Córdoba.

En ciudades de tan lejana prosapia como Córdoba, las características espirituales, sean de nobleza, finura o elegancia, o por el contrario, de rufianería o picaresca, tienen tan abundante cita en la literatura, que su recensión constituye un curioso apartado de psicología colectiva.



Antología de Córdoba

ADIÓS A CÓRDOBA, de Muza ben Nosáir

Cuando Muza, uno de los conquistadores árabes de España, llamado por el Califa de Oriente para rendir cuentas, salió de Córdoba, al llegar al desfiladero de las Mesas, a la otra parte de Secunda, picó la mula blanca que montaba y subió a una colina para ver por última vez la capital, rodeado de los tabíes y demás gente principal que no le abandonaba, y exclamó: ¡Oh, Córdoba, qué hermosa y agradable eres, cuán deliciosas son tus noches, cuán placenteros tus días, cuán grata la templanza de tu ambiente! Inmediatamente volvió riendas a su cabalgadura y tomó el camino de Sevilla.

(Abenalcotía el Cordobés, traducción Ribera).

ELOGIO DE CÓRDOBA, por El Secundi

Córdoba fué sede del imperio, centro de la Ciencia, faro de la religiosidad, asiento de la nobleza y de la primacía. En ella residieron los reyes y los magnates de la conquista, y más tarde los reyes Meruaníes. En ella vivieron Yahia ben Yahia, discípulo directo de Málic, y Abdelmélíc ben Rabib. Sus habitantes sentían gran veneración por el derecho canónico y rivalizaban con ansia por alcanzar la primacía en esta ciencia, y que los reyes se humillaran ante los ulemas, ensalzando su rango y obrando con arreglo a sus opiniones, y no elegían ministro ni consejero que no fuera sabio. Hasta tal punto les obedecían, que Alháquem Almostansir intentó hacer desaparecer las vides de España cuando los ulemas le hicieron aborrecer la elaboración del vino, y solo desistió cuando le dijeron que también se podía obtener de otras plantas. Nunca nombraban a nadie para decidir en derecho, ni para aceptar testimonio, que no tuviese larga experiencia, gozase de la confianza de las asambleas de los sabios, y fuese rico en la mayoría de los casos, por miedo a que la pobreza le inclinase a codiciar los bienes ajenos. o vendiera por ellos los fueros de la ley.

Los habitantes de Córdoba son los más celosos observantes, en todos sus actos, de las más auténticas sentencias maliquíes, hasta el punto de que no nombran juez alguno si no es con la condición de que no ha de apartarse en sus decisiones, de la escuela de Ben Alcásim, el más ilustre discípulo de Málic.

Dijo Ben Sara al entrar en Córdoba:

¡Lorado sea Dios! Ya llegué a Córdoba, casa de las ciencias y sede de los reyes.

Ella fué el punto de reunión de los ejércitos del Islam a quienes favoreció la ayuda de Dios contra los seguidores de la Cruz. Se dice que Almanzor ben Abi Amir, una vez que hubo completado su imperio sobre los dos continentes y que aumentó los contingentes de hombres y dinero, hizo alarde de su caballería e infantería en las afueras de Córdoba, y pasaron los jinetes de 200.000 y de 600.000 los infantes. Hoy mismo residen en ella héroes y generales musulmanes que no desmayan en combatir al enemigo ni se hastían de guerrear con él.

Se dice que estaban tan pobladas las construcciones de Córdoba, Al-Zahara y Al-Zahira, que se podía caminar por ellas a la luz de las lámparas, por espacio de diez millas sin interrupción alguna.

Las lámparas de la Mezquita mayor han sido fundidas con las campanas de los cristianos y la ampliación que Almanzor hizo en su fábrica fué construída con tierra que trasportaron los cristianos sobre sus hombros, de las iglesias que aquél destruyó en sus comarcas. Habrás oído hablar de su gran puente y de la multitud de aceñas de su rio, pues se dice que pasan de cinco mil muelas.

En su campiña ha favorecido Dios su tierra con la abundancia del excelente trigo que en ella crece. En Córdoba están los montes de las rosas, de las cuales llegó a valer la arroba un cuarto de dirhem, y de tantas que había llegaron sus propietarios a considerar como un favor que aquel a quien permitían cogerlas, las cogiese con su mano.

El río, aunque más estrecho que en Sevilla, a causa de la distribución de sus arroyos y prados en sus riberas, tiene un atractivo especial, goza de mayor intimidad y menos peligro de ahogarse. En sus orillas hay jardines y praderas que aumentan su esplendor y belleza.

(*Elogio del Islam español*, por El Secundi, traducción García Gómez, 1934).

JUICIO DE VOSSLER, hispanista alemán

«En Córdoba, que tampoco conocía hasta ahora, he visto viva y representada, como en ninguna otra parte, la lucha de cristianos y musulmanes. ¡Esa Mezquita, con sus altares cristianos y sus columnas orientales!».

(*Revista Nacional de Educación*, Madrid, febrero-marzo, 1944).

ELOGIO HISTÓRICO

Reclamamos como nuestra la gloria del Califato musulmán de Córdoba. Todavía la Córdoba actual, callada, junto a su río, con los muros dorados de su Mezquita, sus praderas donde pacen potros, sus estrechas calles andaluzas, blancas y con rejas, sus colinas oscuras en que los hundidos palacios de Medina Azahara fueron como una flor de almendro, es una de las más españolas entre las ciudades..... El Califato cordobés, ha sido, no *el momento*, pero sí uno de nuestros grandes momentos universales, imperiales. En Córdoba tuvo su centro un imperio español que, a no haber tenido una entraña no española, pudo haber sido ya nuestra fórmula definitiva. Porque en la cultura árabe de Andalucía hubo mucho de español. Mejor dicho, fué una cultura española bajo formas extrañas. En aquel momento España logró uno de sus instantes imperiales, meridianos, claros y fuertes. En el siglo X, embajadores de Bizancio y de Otón de Alemania vienen y contemplan admirados los esplendores y refinamientos de la corte de Córdoba, del Califato occidental, que conserva la tradición brillante y abierta de los Omeyas de Damasco frente a los heréticos Abasidas de Bagdad, que cada vez se sumen más en lo oriental, en lo oscuro de sus banderas negras, asesinas de la raza Omeya.... Alháquem II, casi como un Carlos V, pudo sentirse, en su Córdoba, emperador español.

Antonio Tovar

ORIENTALISMO DE CÓRDOBA

Paso por Córdoba después de varios años de haberla conocido, con ocasión de los actos dedicados a conmemorar el milenario del Califato occidental. En el trascurso de este tiempo he visitado varias ciudades musulmanas, desde el Magreb el Akasá hasta Istambul; he andado por los zocos de Fez, la misteriosa ciudad de los idrisfes; he

contemplado absorto la visión medieval del estupendo, único, zoco de Marrakech la roja, la que habla todavía del poderío almohade y guarda en su seno monumentos imaginados y pensados en Andalucía; he visto Túnez....; he admirado en Susa el ribat, acaso el mejor conservado del mundo islámico....; he subido a la torre fortaleza de la mezquita de Cairuán, desde donde se domina la gran ciudad y se admira el famoso patio. En El Cairo me he perdido por el laberinto de callejas, he entrado en innumerables mezquitas suntuosas, en que el arte del Renacimiento venía a enriquecer los motivos constructivos y decorativos de épocas anteriores.... En Jerusalén me ha maravillado el lujo de la mezquita de Omar y me ha impresionado la sencillez de la mezquita de El Aksá.... Y en Istambul, como quiere el nacionalismo turco que se llame ahora a la antigua Bizancio, a la Constantinopla de antes, he mirado las basílicas convertidas en mezquitas, las mezquitas hechas como las basílicas, con el aditamento de los alminares turcos, enhiestos como lanzas.... Y donde más en Oriente me he encontrado ha sido en Córdoba. No sé la causa, pero al andar por sus calles limpias y retorcidas, al recorrer los soportales del mercado central, los callejones adyacentes, me parece siempre que va a surgir el tendero tocado con turbante y nos va a ofrecer ruidosamente su mercadería. Todas estas tiendecillas estrechas y apretadas por la falta de espacio, todas estas casas que ofrecen al viajero posada y comida, en cuyos zaguanes se ven todavía gentes que hacen sus tratos, soldados que recojen los encargos de sus pueblos, trajinantes que cuidan de sus bestias, son seguramente como lo eran en la época famosa de Alhákem II o de Almanzor, cuando a ellos acudían gentes de todas las partes del mundo, cuando las caravanas traían a la ciudad de la Mezquita todos los productos que la industria humana ponía en circulación, y se llevaba hasta los puntos más remotos del planeta todo lo que el Andalus producía, natural o artificialmente.

Angel González Palencia

El Gran Capitán.... Un niño ve la luz entre los plateados olivares de la campiña cordobesa. Es admirable como penetra en el alma de los hombres el encanto o la aspereza de su suelo natal....

Luis María de Lojendio

(*Gonzalo de Córdoba*, Madrid. 1942).

Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
la benéfica llama.

Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente
El Arcángel dorado, que corona
de Córdoba la torre.

(*El Duque de Rivas*, Malta, 1828).

Córdoba insigne.... ¿dónde tu grandeza?
¿Dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo a los mármoles pregunta
Y a las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan.

Pregúntalo también al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
las extensas llanuras donde fueron
los jardines y alcázares de Zahara.

(*El Moro expósito*, Duque de Rivas).

IMPRESIÓN LÍRICA

Córdoba. Una voz estentórea deja oír este nombre mágico que hace evocar en el recuerdo la adorable música de Albéniz, con algunas variantes del tema, sobre el cual bordó el artista tan maravillosos arabescos:

«En el silencio de la noche, que interrumpe el susurro de las brisas aromatizadas por la fragancia de los jazmines, suenan las guzlas acompañando las serenatas y difundiendo en el aire melodías ardientes y tan dulces como el cimbreo de las palmeras en los altos cielos».

Y palabra alguna sienta mejor aquí, evocando el caprichoso enlace de volutas y de follaje, tal como los árabes lo concibieron.

Se experimenta la primera impresión que revela el verdadero carácter de la tierra española, y se empieza a saborear en toda su amplitud esta sensación, que no lograron producir ni San Sebastián ni Madrid.

Córdoba, capital donde parece haberse trasladado el Oriente entero. La que con sus atractivos puede rivalizar con Sevilla, aunque sean de diferente índole. Córdoba, la del cielo azul, tan intensamente azul y tan dulce, la de las casas rientes y alegres, empavesadas con verde follaje, matizado de rosa y naranja; la de las callejuelas empedradas con guijarros, surcadas por su tradicional arroyuelo. Córdoba, cuyo nombre resuena como el sistro y los címbalos. Córdoba, la que encanta, fascina y entusiasma desde el primer momento en que se pisa su suelo.

Jacques Grandchamp

